

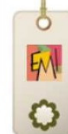
R
Reseñas
Net

Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 10- Rosario- Argentina, Abril de 2013

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario. pp. 47-51

Edición Aniversario
10° Número



ZIBECHI, Raúl, *Política & Miseria: una propuesta de debate sobre la relación entre el modelo extractivo, los planes sociales y los gobiernos progresistas*, Buenos Aires, La Vaca Editora, 2011, 200 págs. ISBN 978-987-21900-7-1.

Marcelo D. Pafundi¹

Universidad Nacional de Rosario

marcelopafundi109@gmail.com



En *Política & Miseria*, la lente analítica del escritor y periodista uruguayo Raúl Zibechi, vuelve a posarse, como en otras producciones, sobre el horizonte social y político de la América Latina post-“Consenso de Washington”². A partir de ese umbral, estaríamos en presencia de gobiernos “progresistas” y de “izquierda”, uno de los *presupuestos* controversiales que mantiene el autor a lo largo de toda la obra. Pero para colegir debidamente el planteo de Zibechi, en *Política y Miseria*, es de vital importancia partir de sus premisas teóricas y del marco analítico puesto en juego, facilitando así el panorama del lector. El análisis de los movimientos sociales latinoamericanos lo llevó a afirmar que tienen marcadas discrepancias con los europeos y estadounidenses, puesto que se trata de *movimientos territorializados*³, donde tanto las comunidades indígenas y campesinas como los sectores populares urbanos viven e interactúan de manera radicalmente diferente, en relación a los movimientos de los países centrales. Vale decir, que en los territorios

controlados por estos movimientos, predominan relaciones sociales *no capitalistas* y se crean a menudo formas de poder *no estatal*, en base a las *asambleas*, un órgano colectivo de decisión como las Juntas de Buen Gobierno en Chiapas, los cabildos en las regiones nasa en Colombia y los cuarteles aymaras en el Altiplano boliviano⁴.

¹Recibida: 06/2/2013.

Aceptada: 17/2/2013.

² El Consenso de Washington alude a un conjunto de políticas que recomendaban la apertura económica, las desregulaciones, el ajuste fiscal y las privatizaciones de empresas públicas como “receta” para los países emergentes, signados por la pobreza estructural y la alta inflación.

³Raúl Zibechi, *Autonomías y emancipaciones. América Latina en movimiento*, Lima, Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM, 2007, <http://www.scribd.com/doc/16464601>, p. 22.

⁴ Ídem, pp. 22-23.

Consideramos que las páginas de *Política & Miseria* abren un debate inteligente y provocador descorriendo el velo de los dispositivos de dominación desplegados por las elites capitalistas y las instituciones globales como el Banco Mundial, que a través de los programas de “combate a la pobreza”, del modelo extractivista “sustentable” y de las políticas sociales que aplican los gobiernos progresistas, instrumentan la continuidad del *neoliberalismo*⁵ por otros medios. El autor comienza admitiendo que en el horizonte inmediato, no hay nada que pueda reemplazar la “racionalidad” del mercado capitalista, puesto que “ningún sistema desaparece hasta tanto nazca otro capaz de sustituirlo” (p.5), mientras que por su lado, las élites trabajan para impedir “que nazcan, crezcan y se expandan formas de vida no capitalistas (...) capaces (...) para crecer hasta convertirse algún día en sistema” (p.5). En rigor, hay cuatro hipótesis vitales que suministran el soporte argumental del libro de Zibechi. Primera: los programas sociales implementados por los gobiernos latinoamericanos tras las secuelas de la ola neoliberal de los '90, encubren, según el autor, una sutil forma de dominación de los sectores populares y de todos aquellos que actúan en las márgenes del sistema capitalista y que plantean desafíos al modelo hegemónico, “En esa función, las políticas sociales juegan un papel relevante, insustituible. Con la excusa de aliviar la pobreza, buscan la disolución de las prácticas no capitalistas y de los espacios en los que ellas suceden, para someterlas a las prácticas estatales” (p. 5). Segunda: como en la etapa colonial, las elites del capitalismo hegemónico “saben que las prácticas alternativas surgen de los márgenes y en la pobreza. Por eso focalizan allí toda una batería de medidas para controlarlas y extirparlas, como los conquistadores hace cinco siglos extirpaban las “idolatrías” de los indios” (p. 6). Tercera: el “combate a la pobreza” cumple la función de domesticación de los espacios donde nació la resistencia al neoliberalismo (periferias urbanas y áreas rurales). Aunque Zibechi no lo formule en estos términos, se vislumbra perfectamente que para los intereses del imperio estadounidense, el “combate a la pobreza” sigue siendo un “Plan Marshall” para América Latina, como estrategia destinada a garantizar la estabilidad y gobernabilidad de las élites políticas y económicas, frente a la amenaza que siempre suscitan la organización y la resistencia de las multitudes. La cuarta hipótesis es una derivación lógica de las anteriores: si se trata de “aliviar la pobreza para domesticar a los pobres”, el poderío demostrado por el capital financiero global y el Banco Mundial, ha tornado entonces a los gobiernos progresistas, en un *instrumento* formidable de domesticación de los sectores populares. Zibechi señala por ejemplo, como las políticas sociales implementadas por el Partido de la Revolución Democrática (PRD) en México frente a las comunidades zapatistas, los planes sociales en Argentina frente al movimiento piquetero y también en Chile las políticas destinadas a la comunidad Mapuche encierran un carácter tan arbitrariamente politizado y selectivo que “dividen y neutralizan al movimiento antisistémico” (p.6).

Como alega el autor, la problemática nos exhorta a examinar otras aristas: los programas de “inclusión social” para los movimientos antisistémicos, significan una tensa disputa entre el arriba (el Estado que busca siempre organizar y controlar a la sociedad) y el abajo (los sectores populares), que va a definir el horizonte futuro. Es un terreno de “zonas grises de dominaciones y resistencias” que implica para los movimientos y organizaciones, fortalecer el trabajo territorial, y afianzar su propio horizonte de organización. El peligro inminente ya lo conocemos: es una cooptación subordinada dentro del aparato estatal de los que luchan por transformar la sociedad, mediante la manipulación de sus demandas, situación que a la larga refuerza el sistema de dominación vigente, dando por tierra con las luchas enfocadas a romper con el *statu quo* de la sociedad capitalista de mercado. Es por esto que Zibechi señala que las políticas sociales implican cuatro grandes dificultades para los movimientos antisistémicos: a) instalan la pobreza como problema y sacan a la riqueza del campo visual, b) eluden los cambios estructurales, congelan la desigualdad y consolidan el poder de las élites, c) bloquean el conflicto para facilitar la acumulación de capital, d) disuelven la autoorganización de los de abajo (pp.7-13).

⁵ Raúl Zibechi, “Seguimos bajo un modelo neoliberal”, 2008, [Ver nota en www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar)

En el primer capítulo: “La lucha contra la pobreza y el imperialismo blando de las onegés”, Zibechi logra desentrañar, con contundente claridad, cómo los gobiernos progresistas implementan programas sociales de “combate a la pobreza” siguiendo *acríticamente* las directrices políticas e ideológicas del Banco Mundial, en sintonía con los intereses del *establishment* norteamericano. El autor subraya que a partir de la hegemonía ideológica e intelectual del Banco Mundial y poniendo como foco el “combate a la pobreza”, se ha construido una batería de conceptos como las “necesidades básicas”, la “pobreza extrema”, y “la exclusión”, como así también la “participación social” (p. 39), -e inclusive en los períodos de mayor insurgencia social contra el modelo neoliberal-, aparecen conceptos como “autonomía”, buscando *“recoger aspiraciones populares para reciclarlas como instrumentos al servicio de la gobernabilidad”* (p. 39). El razonamiento más lógico, es que el “combate progresista a la pobreza” oculta vulnerabilidades y trampas y que uno de *“sus principales logros han consistido en cooptar ideológicamente a las élites dirigentes de izquierdas que (...) repiten punto por punto las diversas formulaciones del Banco en cuanto a políticas sociales”* (p. 18). En este punto axiomático, radica uno de los aportes más meritorios de *Política & Miseria*, por cuanto se demuestra sin ambigüedades que los programas sociales de ayuda y combate a la pobreza, tuvieron su origen en la nueva cosmovisión geopolítica de las élites de los Estados Unidos, durante la guerra de Vietnam, y con el cambio paradigmático que significó la llegada de Robert McNamara a la presidencia del Banco Mundial en 1968. Al tomar como eje el combate al comunismo y frenar la expansión de la insurgencia guerrillera en América Latina, McNamara es quien diseña el programa de “combate a la pobreza” partiendo de la premisa de que las guerras no se ganan por medios exclusivamente militares sino también políticos, tratando de *“influir en el comportamiento y actuación del pueblo”* (p.20). Es McNamara, quien por primera vez, vincula las ayudas económicas a los países del tercer mundo con el fin de *“socavar la infraestructura de los guerrilleros”* (p 20) y, además, advierte la conexión entre desarrollo y seguridad, violencia y atraso económico (p.22). En su libro *La esencia de la seguridad* (1969), McNamara construye, según Zibechi, el discurso político y teórico del “combate a la pobreza”, y bajo sus directrices el Banco Mundial pasa a financiar en los ‘70, múltiples programas de asistencia a la educación, desempleo, salud, desnutrición y a destinar cuantiosos recursos para urbanizar *favelas* en 55 países.

La derrota en Vietnam aceleró la línea de adopción del combate a la pobreza. Desde entonces, con la influencia de Hollis Chenery (economista en jefe y vicepresidente del Banco), se empieza a relacionar pobreza con productividad de los pobres, *“ya que se consideraba que tanto en el campo como en la ciudad, los pobres eran aquellos que no estaban insertos en actividades productivas vinculadas al mercado”* (p.24) De este modo, si *“se instala la pobreza como un problema, invisibilizando así la riqueza como la verdadera causa de los problemas sociales. En paralelo, se recuperan prácticas coloniales, ya que nunca son los pobres los que definen la pobreza sino las instituciones “especializadas” globales o gubernamentales”* (p. 25). Esto último se relaciona con uno de los objetivos primordiales del Banco Mundial: por medio de la investigación, recopilación de datos y la formación de técnicos capacitados para diseñar y formular proyectos, ha creado una “ciencia de la pobreza” o “ciencia de gestión política de la pobreza” acorde a *“un proyecto más universalizador de desarrollo capitalista para la periferia”* (p.25).

Finalmente, a medida que el neoliberalismo se impone en los ‘80 y ‘90, el cuadro lo completan la “revolución de las ONGs (Organizaciones No Gubernamentales)”, figurando como los casos más representativos Brasil y Bolivia: actualmente se contabilizan unas 270 mil ONGs en las periferias urbanas de Brasil y en Bolivia pasaron de 100 en 1980 a 530 en 1992, mientras que el peso de las ONGs en los proyectos del Banco Mundial creció *“hasta alcanzar el 59% de los proyectos de América Latina en 1999”* (p. 29) De este modo, tal cual lo deja asentado Zibechi, las ONGs son un engranaje clave en la domesticación del campo popular porque, *“usurparon los espacios políticos de los movimientos de base, conquistaron la hegemonía del espacio social de la izquierda, burocratizaron y desradicalizaron a los movimientos sociales*

urbanos” (p. 30). Como sentencia el autor, el objetivo final de las políticas centradas en el combate a la pobreza, es buscar *“la anulación de cualquier sujeto de abajo y quieren que sólo existan sujetos estatales o empresariales”* (p.48).

En el capítulo siguiente denominado: *“De los movimientos a las organizaciones”*, el autor rastrea los orígenes de los movimientos sociales que ocupan actualmente el lugar del viejo movimiento sindical, otrora el actor hegemónico en las acciones de lucha contra el capital y modelo a seguir por parte de otras organizaciones del campo popular. Si el progresivo desmantelamiento del Estado de Bienestar y el ocaso del *“nacional-desarrollismo”* (apelando a la dictadura militar), profundizaron el declive del viejo sindicalismo, este escenario forjará, en su movimiento dialéctico, la matriz de los nuevos movimientos sociales que emergerán con fuerza en el ciclo de luchas que va de los ‘70 a los ‘90, resistiendo al neoliberalismo. El neozapatismo, los sin tierra, los movimientos indígenas, el campesinado paraguayo y los piqueteros en Argentina, serán los emergentes de esa lucha. Tomando en consideración que en los ‘90, el neoliberalismo *“deslocaliza”* el conflicto social de la fábrica al conjunto de la sociedad, trayendo aparejada la reprimarización de la economía, la desindustrialización, el desempleo y el crecimiento exponencial de la *“marginalización”*, el efecto más letal, por lejos, consistió en socavar y fragmentar el poder de lucha el movimiento obrero organizado (p.56). En su lugar florecerá la nueva generación de movimientos que según Zibechi, tendrán diferencias marcadas con los movimientos sociales de los países centrales, ya que *“los sectores populares consiguieron crear nuevas formas de vida, tejidas con base en relaciones no capitalistas, en los territorios que comenzaron a controlar”* (p.60). Más aún, recordando el *“Caracazo”* y el *“Argentinazo”* del 2001, el hecho más gravitante, fue que aquellas insurgencias de los de abajo, vencieron a los gobiernos neoliberales y se convirtieron en referentes del movimiento popular desplazando al viejo sindicalismo (p.61). En una palabra, *“ha triunfado el movimiento social”* (p.61), y sin conquistar el poder (la excepción relativa, sería Bolivia) la novedad es que *“ya no se puede hacer política ni gobernar sin tener en cuenta a los movimientos de los de abajo”* (p.62).

Si bien esta realidad es constatable en el panorama latinoamericano tras la oleada de gobiernos neoliberales, *“la felicidad no dura para siempre”*. En efecto, Zibechi insiste en señalar la existencia de una fuerte declinación de los movimientos sociales, solapada detrás de un ciclo de crecimiento económico dominado por la rentabilidad del monocultivo sojero, la minería a cielo abierto y la explotación de hidrocarburos, cuyo *“derrame”* ha permitido la expansión del universo de las clases medias y una fuerte movilidad social, situación por la que se destaca excepcionalmente Brasil: en los 90, los más pobres representaban el 62% de la población y la clase media el 32%, mientras que desde la llegada de Lula, los más pobres son el 38% y los sectores medios el 50% (p.64). Lo que revela Zibechi en este punto, es que si bien las políticas sociales alivian la pobreza y ofrecen la posibilidad de ascenso social, aunque sea de forma precaria, debilitan las bases y la combatividad de las organizaciones populares puesto que, *“si el sistema ofrece ascenso (...) la lucha puede esperar”* (p. 65). La otra arista incierta, es que los movimientos sociales van siendo desplazados y neutralizados por *“organizaciones sociales”* conformadas por equipos de profesionales que trabajan para ONGs, o por militantes sociales, más fáciles de asimilar mediante la cooptación, la institucionalización y el burocratismo al que son sometidos por la acción centrípeta, desde el Estado. Ya sea entonces por el impacto de las ONGs, la cooptación, el crecimiento de las clases medias o el alivio a la pobreza, el peligro es que al minarse las bases sociales de apoyo a los movimientos antisistémicos, se pierda de vista el que estos gobiernos *“no cuestionan los fundamentos de la dominación”* (p.69) y que el modelo sigue siendo *neoliberal*.

Esto es lo que desarrolla el autor con mayor profundidad en el tercer capítulo: *“La gobernabilidad a escala micro”*. Aquí Zibechi deja sobriamente al descubierto, que las políticas sociales implementadas por los gobiernos progresistas sirven para *“compensar”* los efectos del modelo extractivista de *“acumulación por desposesión”* basado en la minería transnacional y el monocultivo sojero, destinados a convertir a la naturaleza en mercancías (*comodities*). El modelo extractivista neocolonial, desecha mano de obra intensiva, por lo que incrementa la

exclusión y la marginalización, fomentando la descampesinización, y ensanchando los cinturones de pobreza. La *tesis fuerte* de Zibechi, es que una vez deslegitimada la era de las privatizaciones y el Consenso de Washington, el modelo extractivista debe ser pilotado por gobiernos progresistas, los “*más aptos para lidiar con la resistencia social*” en aras de garantizar la gobernabilidad del capital financiero global (p 95). Sólo así se explica como las élites empresariales dominantes han aceptado ser gobernadas por los gobiernos que dicen ser “representantes” de los de abajo, un “*precio que debieron pagar ante la irrupción masiva de ese abajo organizado en movimiento*” (p.121). Tampoco es casualidad que frente a la emergencia de las coaliciones populistas, la “cooperación internacional” del centro a la periferia, disponga nuevas tecnologías de dominación, en la forma de políticas sociales de segunda generación, las cuales han logrado “*aplacar la conflictividad social y lubricar las nuevas gobernabilidades*” (p.95) con el objetivo de garantizar la continuidad del modelo extractivista. La consecuencia más funesta, como razona Zibechi, es que la cooperación vía Banco Mundial ha sido inútil para reducir la pobreza y ha mutilado el desarrollo teórico-intelectual de los países latinoamericanos “*para identificar, conceptualizar y resolver sus propios problemas*” (p.97). El colofón de fondo, es que el modelo neoliberal sigue funcionando en base a la apropiación de bienes comunes, agravando las contradicciones sociales y ambientales, y los Estados *ocultan* este drama cosechando su legitimidad exclusivamente por los resultados de sus políticas sociales o como proveedores de bienestar (p.119).

En los dos últimos capítulos: “El desborde obrero de los 60: las lecciones de un caso testigo” y “El triunfo de las multitudes”, Zibechi pondera el ciclo de luchas de los años ‘60, como el momento en que la burguesía adoptó nuevos modos de acumulación de capital, “*la llamada acumulación por desposesión y la financierización de la economía*” (p.129), un cambio para nada azaroso, ya que la burguesía comprendió que algo decisivo había ocurrido, sobre todo a escala micro, algo que la forzaba “*a dismantelar las fábricas (...) asentadas en el fordismo y el taylorismo como modos de organizar el trabajo y sujetar a los obreros*”(p.129). Esto lo lleva a reconstruir la memoria histórica de los obreros y obreras que neutralizaron y desorganizaron las formas de control “científicas” ideadas por la clase empresaria, usando como caso testigo el enclave obrero industrial de la pequeña ciudad uruguaya Juan Lacaze. Como se advierte en las páginas finales del libro, el objetivo del autor es atestiguar que las luchas de los años ‘60 y ‘70 pueden, como siempre, tener utilidad y dejar un conjunto de enseñanzas para las luchas de los oprimidos en la actualidad (p.175).

Política & Miseria es un texto escrito desde la esperanza, la militancia y el compromiso ético con los excluidos. No obstante, para quienes tenemos oídos sensibles a la nueva realidad social y política latinoamericana, Zibechi nos parece excesivamente *indulgente* frente a lo que él denomina “progresismos” y nosotros preferimos llamar nuevos “*cipayismos*”. ¿Se los puede acaso rotular de otra cosa, cuando se sostienen en el poder administrando la pobreza, utilizando el clientelismo como una herramienta de control del conflicto social para neutralizar los movimientos antisistémicos, y entregando soberanía en materia de recursos naturales, es decir, reforzando el coloniaje?. Pero, a diferencia de otros intelectuales de izquierda que han caído en un éxtasis laudatorio de los actuales regímenes, la *indulgencia* de Zibechi no guarda complicidades con las facetas más oprobiosas de estos “progresismos”.

Palabras clave: extractivismo, movimientos sociales, ONGs, neoliberalismo.

Key words: extractivism, social movements, ONGs, neoliberalism.